

ciones y padecimientos, es la misma que os está prometida á vosotras. En la esperanza de llegar á conseguirla, habeis renunciado al mundo y sostenido hasta ahora las mas terribles pruebas. Que este mismo pensamiento sea pues el que os sostenga hasta el fin. Vivís en una época de dolor y de calamidad para la iglesia, y participais de las desgracias de vuestra madre. Á los rigores que voluntariamente abrazasteis, júntanse hoy otros no ménos sensibles para vuestros corazones. Os mirais privadas del consuelo de envejecer en aquella santa morada que recibíó vuestros juramentos, y que debia recibir vuestras cenizas. Alejósede vosotras la esperanza de veros rodeadas de una religiosa y numerosa familia que se multiplicaba á vuestro alrededor para gloria de Dios, edificacion de los fieles y felicidad vuestra. Los dias de la fecundidad pasaron: y llegados son los de la esterilidad. Ya no sois mas que un corto número de ovejas desconsoladas y errantes fuera del aprisco. (¡ Así lo ha permitido el Señor!) Sin embargo, no temas, ¡ oh pequeña grey! El eterno pastor vela sobre vosotras desde la cumbre del cielo. El Dios de san Francisco, que es vuestro padre, ve vuestra afliccion, y en indemnizacion de vuestras penas, os tiene reservado su reino. Perseverad todavía algunos años, tal vez algunos momentos, y las pruebas finalizarán, é ireis á uniros á las que os han precedido en aquella mansion en donde los pobres, los humildes y las almas crucificadas reinarán con Jesucristo su modelo y su jefe, en el seno de una gloria y de una alegría inmortal.

SERMON

DE SAN FRANCISCO JAVIER.

(DE BENCOMO.)

Euntes in mundum universum, prædicate Evangelium omni creaturæ.

Recorred todo el universo, predicando el Evangelio á toda criatura.

S. Marcos, c. 16.

Por universal que nos parezca esta augusta mision, en que el Hijo de Dios hecho hombre envía á sus discipulos del mismo modo que su Padre le ha enviado, ella no se dirige á predicar entre los ángeles, que no pueden creer, porque ven ya con una claridad inalterable aquel divino rostro, en que desean mirarse para siempre. Tampoco se dirige á predicar entre los demonios, porque aunque creen, esta fe, dice san Pablo, es inseparable de un temblor, que los hará estremecer por toda la eternidad: así es evidente que no son enviados ni al cielo, ni al abismo; su mision se circunscribe únicamente á la redondez de la tierra en que habitamos: *euntes in mundum universum*. Pero en esta tierra, señores, ¿quién podrá eximirse de su jurisdiccion, supuesto que Dios sujeta bajo la ley de su Evangelio á toda criatura: *prædicate Evangelium omni creaturæ*?

Segun este precepto parece que ellos podrian enderezarse á las piedras, que tal vez se mostrarian tan sensibles á la palabra del Señor como se mostraron á su muerte: podrian enderezarse á las plantas, y convidar como David á los bosques, á las selvas y á todo árbol fructífero, para bendecir el nombre del Señor: podrian enderezarse á los animales, á las bestias de la tierra, á las serpientes y á las aves, que se visten de pluma, para unir su voz con la de los reyes y de los príncipes, con la de los ancianos y de los jóvenes, á fin de publicar sus maravillas.

Pero no, señores, Dios no les envía, dice san Gregorio, ni á los irracionales, ni á los insensibles, sino al hombre, para quien fueron criadas todas las cosas, y que por lo mismo tiene algo de todas las cosas: tiene el ser de las piedras, el vivir de las plantas, y el sentir de los animales: así en cierto modo, prosigue este padre, á toda criatura se predica cuando solo al hombre se predica.

Sin embargo yo hallo otra razon en el sentido moral, por donde se contienen en el hombre todas las demas criaturas. ¿No hay hombres piedras, que oponen una dureza irresistible á la predicacion? ¿No hay hombres plantas, cuya vida bien examinada no es mas que crecer, nutrirse y multiplicarse? ¿No hay hombres brutos, que anteponen la carne al espíritu, lo presente á lo futuro, el tiempo á la eternidad? Pues ved aquí como en un solo ser se hallan las propiedades, ó por mejor decir los defectos de todos los seres: la sensibilidad de las bestias, la vegetacion de las plantas y la dureza de las piedras; y por lo que el Señor para ordenar á los apóstoles que predicasen á todos los hombres de cualquiera estado, de cualquiera condicion, de cualquiera circunstancia que sean, les dice: que anuncien su Evangelio á toda criatura.

Pero para conocer el espíritu de la presente solemnidad, es necesario acordarnos que esta divina mision no se terminó en aquellas doce primeras columnas de la Iglesia: estos comunicaron su apostolado á las personas que hallaron dignas de ejercerlo, encargándoles, como san Pablo lo hace á Timoteo, que ellos eligiesen á otros hombres fieles, capaces de transmitir el precioso depósito de la fe como de mano en mano hasta el fin de los siglos. ¿Y dudaréis vosotros colocar en este dichosísimo número de hombres apostólicos al incomparable Francisco Javier? ¿Quién ha recorrido tantos países, sufrido tantos trabajos, convertido tantos reinos, derribado tantos ídolos, bautizado tantos idólatras, arrancado tantos pecadores del seno de los vicios, animado tantos justos en la virtud: en una palabra, quién ha hecho resonar su voz mas fuertemente por toda la tierra? *Euntes in mundum universum, prædicate Evangelium omni creaturæ.* Paréceme que le oigo decir con la misma humildad, pero tambien con la misma verdad que el Apóstol: yo creo no haber hecho ménos que los demas apóstoles.

En efecto él predicó como ellos á unos hombres tan duros

como las piedras, esto es, á los idólatras, y los confundió: predicó á unos hombres tan ciegos como las plantas, que son los pecadores, y los convirtió: predicó á unos hombres tan sensibles como los animales, cuales son los justos, y los edificó. ¿Y qué especie de lenguaje empleó con cada una de estas clases? Ved aquí en lo que consiste todo su mérito, y lo que va á ser la materia de este discurso. Predicó á los justos con sus ejemplos, á los pecadores con sus exhortos y á los idólatras con sus prodigios. Ved aquí en lo que se conoce que el Señor dijo á nuestro apóstol, como á los que fundaron la iglesia: recorred todo el universo, predicando el Evangelio á toda criatura: *euntes in mundum universum, prædicate Evangelium omni creaturæ.* Para demostrarlo como corresponde, imploremos la gracia del Espíritu santo por la intercesion de la santísima Virgen, diciéndole devotamente: *Dios te salve Maria, etc.*

PRIMERA PARTE.

Yo debo empezar, señores, la predicacion de este héroe apostólico por la que hizo á los animales, porque estos son los primeros despues del hombre en el órden de las criaturas: porque significan á los justos, que son los primogénitos en la casa del Señor, y porque á ellos se dirigió realmente la primera predicacion de Francisco, que fué la de sus ejemplos. No extrañeis que se os representen unas criaturas tan agradables á los ojos de Dios, como los justos, con la figura grosera de los animales: así los vemos representados en los cuatro animales del Apocalipsis, y en los que llevaban el carro de Ezequiel. La razon es porque es animal la porcion de nuestro ser que nos hace visibles, y porque de la animalidad provienen aquellas faltas, en que el justo cae á lo ménos siete veces al dia: así por justos que sean, para justificarse mas, necesitan quien les dirija, quien les sostenga, y quien les anime, no tanto con palabras, como con acciones que muestren prácticamente el camino de la justicia.

Pero entre tantos modelos de santidad, como Dios nos concedió en tiempo de Francisco, aun sin salir de nuestra España, los Tomases de Villanueva, los Pedros de Alcántara, los Ignacios de Loyola, los Franciscos de Borja, las Teresas de Jesus, los Juanes de la Cruz; entre tan excelentes modelos, digo,

quizá no hay uno que haya dado tantas copias de la perfeccion cristiana como Javier, á quien la Providencia divina mandó recorrer todo el universo, para que todo el universo se mirase bien en este espejo de las virtudes. ¿Y cuáles son las virtudes principales que él enseñaba en sus pensamientos, en sus palabras y en sus obras? En todo enseñaba la piedad, enseñaba la penitencia, enseñaba la caridad.

La piedad fué sin duda el primer ejemplo de Francisco, porque esta es nuestra primera obligacion. Hablo de aquella inclinacion tierna y afectuosa, que toda criatura debe profesar á aquel Ser supremo en quien vivimos, nos movemos y somos. ¿Quién habrá tan insensato, dice Ciceron, que en sus aflicciones por un movimiento casi indeliberado no levante sus ojos al Capitolio? Estaba reservado á nuestros miserables dias producir unos monstruos, que negando la existencia de Dios y del alma racional, dan por tierra con la necesidad de esta virtud; pero ellos no eran conocidos en los dias de Javier. Así él nos enseñó en toda su conducta á amar á Dios con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas.

Yo no hablaré aquí ni de la piadosa educacion que le dieron sus padres, ni del piadoso fin que él se propuso en su indecible aplicacion al estudio, aunque en todo esto habia un no se qué tan divino, que habiéndosele querido apartar de la universidad, acabada su teología, una hermana suya tan santa como él se opuso diciendo, que eso seria quitar una columna de la iglesia. Hablaré solamente desde aquel momento dichoso, en que el incomparable Ignacio logró arrancar de su corazon hasta el menor deseo de toda fortuna temporal, imprimiéndole vivamente estas palabras del Señor: ¿de qué sirve al hombre adquirir todo el mundo, si llega á perder su alma? Este llamamiento fué tan eficaz como el que obligó á los apóstoles á dejar sus redes, sus barcas y todas las cosas por seguir á Jesucristo: ó bien fué un rayo que le derribó de sus altos proyectos, como á Saulo de su caballo: Ignacio hizo entónces de Ananías para dirigirle, y él se entregó á una abstinencia tan rigurosa, que se pasó los tres y cuatro dias sin comer ni beber, por no interrumpir su oracion. En fin él entró Javier en este retiro, y salió Pablo: sí, Pablo hecho un verdadero vaso de eleccion, destinado á llevar el nombre de Jesus hasta las extremidades de la tierra: Pablo deseoso de ser el desprecio, el lu-

dirio, el anatema de todos sus hermanos: Pablo extático, arrebataado al tercer cielo, viendo aquellos arcanos de Dios que no es lícito hablar al hombre. Despues de esto ¿debemos admirarnos si para recibir el sacerdocio se preparó por un retiro de cuarenta dias, como Moises para hablar al Señor; si casi no podia celebrar por la abundancia de sus lágrimas, y si ya embriagado de los dones de Dios, se le oía exclamar alguna vez en medio del augusto sacrificio: no mas, Señor, no mas?

Yo me enderezaria ahora á mí mismo, y á los demas sacerdotes, para inquirir si es esté el fervor con que acostumbramos celebrar, si no tuviera que reconvenir al pueblo con la tibieza de sus comuniones. ¿Recibís acaso, mis hermanos, en la sagrada eucaristia otro Dios ménos puro, ménos santo, ménos terrible que Francisco? ¿Pues de qué proviene vuestra insensibilidad? ¿Quien tuviera aquella devocion, decís! ¿Quien gustara de aquellas dulzuras inefables que le producía el cuerpo del Señor! Pero si traeis á la mesa sacramental unas pasiones que todavía humean, si no poneis intervalo alguno entre la luz y las tinieblas, si adorais muchas veces sobre una misma ara á Cristo y á Belial, si no teneis ni una débil centella del amor de Dios, ¿qué fuego quereis sentir en vuestro sacrificio? Amad al Señor como Javier, preparaos como Javier, tened una vida tan mortificada como Javier, y experimentaréis las propias maravillas!

¿Qué penitencia tan severa en medio de una vida tan santa! Segun se trataba, parece que se habia encargado, como el Salvador, de satisfacer por los pecados de todo el mundo. ¿Qué cilicio tan cruel y tan inaudito! Los cordeles con que se le apretaba se cubrieron de carne, y sus puntas herian siempre los huesos, de modo que habiéndole resultado de esto una inflamacion, declararon los cirujanos que no podrian quitársele sin tan profundas incisiones, que pusiesen á mayor peligro su preciosa vida: así fué preciso que sus santos compañeros se pusiesen en oracion, y alcanzasen del Señor el milagro visible de que los cilicios saliesen por sí mismos. Ved aquí cómo se le puede aplicar lo que san Próspero dice de san Martin, que el cilicio no cubria, sino mas bien tejia sus miembros. Con todo él no se contentaba con este tormento, sino que añadia muchas veces en la noche otro mucho mas doloroso, con que esculpía en su cuerpo las llagas de nuestro señor Jesucristo, que eran

sus sangrientas disciplinas. ¡Qué gloria era verle amanecer sin tener siquiera donde herirse mas, porque estaba todo herido desde la planta del pié hasta su cabeza. Á fuerza de azotes queria disolver su carne, para que su espíritu volase á estar con Cristo.

¿Os hablaré de aquella abstinencia increíble con que vivia como el Bautista casi sin comer ni beber? Sus continuos ayunos le redujeron á un verdadero esqueleto, que ya no se distinguia de los demas cadáveres sino por el movimiento. Así por mas instancias que le hicieron sus amigos y sus protectores, los reyes y los príncipes que le trataron, jamas quiso que manchase su boca otro alimento sino los mendrugos de pan que él mismo mendigaba primero de puerta en puerta. La misma mortificación, la misma pobreza, la misma humildad respiraba en todas sus acciones: una sotana llena de remiendos, un breviario muy usado y un crucifijo fueron los únicos muebles que este legado del papa usó tantos años en tan ricas provincias. ¿No veis observado perfectísimamente este consejo del Señor á sus discípulos: en todos vuestros viajes no lleveis mas que una túnica sin alforja, sin báculo y sin calzado?

Poderosos del mundo, que asombráis toda la naturaleza con la pompa de vuestros equipajes, no hareis por cierto vuestras expediciones tan fructuosas como Francisco. Un hombre solo ha conquistado para el Señor inmensos imperios, mientras que vosotros atravesaréis inútilmente los mares. Esta enorme diferencia consiste en que Dios se complace en resistir á los soberbios y en dar su gracia á los humildes; en derribar á los poderosos de su trono, y en elevar á los pequeños hasta igualarles con los príncipes: en desamparar á los que confian en su propio brazo, y en proteger á los que confian en el brazo omnipotente del Señor, para que nadie se glorie sino en él. Si todos los conquistadores de la India fueran tan pobres, tan humildes y tan penitentes como nuestro santo, ya toda la India estuviera conquistada; pero la opresion no puede penetrar tanto como la religion, ni la suntuosidad tanto como la caridad.

¡Ah, caridad de Francisco! Ved aquí la mano invisible que le sostuvo en tantas empresas, en tantos trabajos y en tantos peligros: peligros de tempestades, peligros de ladrones, peligros de los malos cristianos, peligros de los gentiles, peligros en la poblacion, peligros en la soledad, peligros en el mar, pe-

ligros en la tierra, peligros en los falsos hermanos. Pero como despues tendremos que hablar de todo, limitémonos ahora á tratar de su caridad con los enfermos. ¿Quién podrá numerar, hermanos míos, los millares de millares de enfermos que visitó, que consoló, que socorrió y que curó? Lo primero que preguntaba al entrar en los pueblos, era dónde quedaban los hospitales: á ellos acudia y en ellos moraba, procurando á todos el alivio, el sustento y las medicinas. No se contentaba con servirles en los oficios mas inmundos, les besaba sus piés como la fervorosa Magdalena, les ungia sus llagas con sus propias manos como el caritativo samaritano, y él las limpiaba con su propia lengua. Esto que solo se refiere por una vez de santa Catalina de Sena, se le hizo tan familiar, que ya no quedaba leproso ni ulcerado que no lo pretendiese, persuadido con harta razon que en eso le iba su salud.

En efecto ya no admiraban por su frecuencia las curaciones milagrosas de Javier: todos se habian acostumbrado á ver tumultos de ciegos, de sordos, de mudos de paralíticos, de todo género de dolientes llegar á sus piés enfermos, y levantarse sanos. Así apenas acometia á cualquiera algun grave accidente, todos clamaban: llévenle luego al santo, seguros de que encontraban su remedio en aquellas entrañas paternas. Por eso podia decir con el Apóstol: ¿quién de vosotros enfermó, sin que yo igualmente enfermase? ¿Cuántas veces él mismo, mas enfermo y mas postrado que los otros, les hacia poner junto á su cama, distribuía con ellos el escaso alimento que tenia para sí, y se contentaba con algun miserable sobrante! Aunque se hallase acometido de las fiebres mas ardientes, y aunque los demas padeciesen las epidemias mas contagiosas, jamas se excusó de estos misericordiosos ejercicios, creyéndose deudor á todos.

¿Quién pudiera encender en vuestros corazones este fuego que ardía en el corazon de Francisco! ¿Se verian entónces nuestros hospitales en tanto abandono? ¿Moririan tantos en las calles y en las casas sin el menor consuelo? Si consideráramos como él, que aunque el hombre es siempre la imágen de Dios, no hay estado en que mejor le represente que su enfermedad, porque en su cama figura al vivo á Cristo en la cruz hecho un varon de dolores, ¡con qué frecuencia les visitaríamos, con qué ternura les asistiríamos, con qué abundancia les socorreríamos! Pero es tan grande nuestra negligencia en esta